



## Capítulo 263 - La Llama del Caballero de la Muerte

Vergil empezó a caminar hacia el bosque, sintiendo cómo cambiaba la atmósfera a su alrededor. El aire se volvió más denso, cargado de un silencio inquietante. Los árboles, con sus ramas retorcidas y hojas secas, se alzaban como sombras distorsionadas contra la tenue luz. El suelo estaba cubierto de hojas muertas que crujían bajo sus pasos, y el viento silbaba suavemente, creando una escena digna de una película de terror de presupuesto generoso.

De repente, un sonido cortó el silencio del bosque.

iiiGUAUU!!!

Un búho, camuflado entre las ramas sombrías, extendió sus alas y emitió un agudo graznido, rompiendo el opresivo silencio.



"iiiKYAAA!!!"

El grito de Katharina resonó en la oscuridad, y en un instante, saltó hacia Vergil, aferrándose a su brazo con fuerza. Su cuerpo temblaba ligeramente, y sus ojos, muy abiertos, reflejaban el pálido resplandor de la luna que apenas se asomaba entre las copas de los árboles.

Vergil arqueó una ceja y la miró divertido. "¿En serio? ¿Un búho?"

Katharina ocultó la cara en su brazo, murmurando con tono avergonzado: "¡No me juzgues! Eso me dio miedo..."



Soltó un leve suspiro, pero una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios. «Si un búho te asusta así, quizá este bosque no sea el mejor lugar para ti».

Katharina lo miró con una expresión de pura indignación. "¡Si te burlas, te juro que te dejaré aquí solo!"

Vergil rió suavemente, pero no apartó el brazo de ella. En el fondo, le parecía divertido cómo, a pesar de toda su fuerza y determinación, Katharina aún albergaba miedos tan simples. Eso la hacía más humana... y, en cierto modo, más encantadora.

—Vamos, valiente. Aún nos queda un largo camino por recorrer —dijo, guiándola mientras el bosque los envolvía en su oscuro abrazo.

Mientras caminaban por el bosque demoníaco, Vergil mantenía sus sentidos alerta. Algo andaba mal allí. La energía a su alrededor estaba distorsionada, pulsando, como si algo invisible respirara junto con el bosque. Era una sensación opresiva y sofocante.



Katharina aún lo sujetaba del brazo, pero ahora tenía la mirada fija en el camino. El susto inicial había pasado, reemplazado por una expresión seria.

"¿Lo sientes?" preguntó Vergil en voz baja, entrecerrando los ojos.

Katharina asintió. «Sí... es como si algo nos estuviera observando».

Virgilio se detuvo de golpe. El aire se estremeció un instante, y luego... silencio absoluto. El viento cesó. Los insectos dejaron de zumbir. Incluso las hojas dejaron de moverse.



Entonces, un susurro.

Ni palabras. Ni una voz. Solo un sonido bajo y ronco, como el último aliento de algo al borde de la muerte.

Katharina aferró su daga, con los músculos tensos. Vergil, por su parte, sintió que la extraña energía se intensificaba. Era como si una fuerza invisible lo atrajera.

"Eso no es normal..." murmuró.

De repente, una rama se quebró a la derecha. Ambos giraron al mismo tiempo. La oscuridad entre los árboles parecía moverse, danzar y retorcerse. Algo había allí.

Y entonces salió de la oscuridad.

Una criatura deforme emergió, con su piel negra como el carbón brillando con una textura pegajosa. Sus ojos eran rendijas rojas y brillantes, y su boca se abrió en una sonrisa grotesca, con dientes afilados y dentados expuestos como cuchillas listas para desgarrar la carne.

"Una de las criaturas corruptas..." susurró Katharina.

Vergil no respondió. Tenía la mirada fija en la criatura, pero su atención estaba más allá. La extraña energía... provenía de lo más profundo del bosque. Entrecerró los ojos.

Algo mucho peor acechaba.





"Es la misma energía que los Nacidos de la Ceniza..." murmuró Vergil, su mirada se volvió más fría al recordar al padre de Roxanne, a quien él mismo había asesinado.

Amon lo había llamado el Caballero de la Muerte... así que...

"Están hechos de energía mortal..." Entrecerró los ojos y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. "Por eso no puedo sentir la magia. Ni la energía demoníaca..."

Todo tenía sentido ahora. Estas criaturas no seguían las reglas del mundo. No estaban vivas ni muertas. Eran algo más allá, existiendo en un umbral imposible.

—Katharina —gritó Vergil con voz firme antes de avanzar hacia la criatura—. Retrocede un poco. Quiero probar algo.

En lugar de envolverlo en llamas y extinguirlo por completo, lo agarró por el cuello, levantándolo como si fuera un saco de patatas. La criatura forcejeó, pero su fuerza era insuperable.

En el instante en que sus dedos tocaron aquella carne corrupta, algo extraño ocurrió. La energía oscura del demonio empezó a contraerse, latiendo como si reaccionara a la presencia de Vergil. Poco a poco, la oscuridad empezó a filtrarse en sus manos, moviéndose como una sustancia viscosa simbiótica, deslizándose por su piel en patrones sinuosos.

Y luego... desapareció dentro de su cuerpo.

El demonio en su mano tembló. Sus ojos brillantes perdieron su brillo y, al instante siguiente, su carne ennegrecida volvió a la normalidad... como si nunca





hubiera sido corrompida. Pero poco después, su vida se desvaneció por completo, y su cuerpo inerte quedó colgado en las manos de Vergil.

Katharina observaba con expresión tensa.

Vergil se miró las manos, sintiendo la energía recién adquirida latiendo en su interior. Algo era diferente. Algo había cambiado.

Y quería entender exactamente qué.

Vergil soltó bruscamente el cadáver de la criatura, con la mirada fija en sus manos. La sensación de esa energía oscura fusionándose con su cuerpo era extraña, pero a la vez instintivamente familiar. No sintió resistencia ni rechazo. Era como si este poder siempre hubiera sido suyo, esperando a ser reclamado.

Sin decir palabra, siguió adelante.

Katharina dudó un momento, pero luego corrió para seguirlo. Había presenciado muchas cosas extrañas desde que conoció a Vergil, pero esto... esto era diferente.

A medida que avanzaban por el bosque demoníaco, aparecieron más cuerpos. Criaturas corruptas, como la primera, yacían en el suelo, esparcidas por el camino como rastros de algo mucho peor que había pasado por allí. Algunas estaban destrozadas, otras marchitas, como si les hubieran drenado toda su esencia.

Vergil se arrodilló frente a uno de ellos y extendió la mano. En cuanto sus dedos tocaron la carne muerta, la energía oscura se movió de nuevo,





arrastrándose por su piel y desapareciendo en su interior. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Repitió el proceso en cada cuerpo que encontró, absorbiendo esa energía silenciosa e implacablemente. Con cada nueva asimilación, se sentía más fuerte, más consciente de esa fuerza peculiar. Su respiración era tranquila, pero su corazón latía a un ritmo diferente.

Katharina observaba con una mezcla de fascinación y aprensión. No entendía exactamente qué hacía Vergil, pero sabía que era inusual.

Luego el bosque empezó a abrirse y se convirtió en un claro.

Justo en el centro había un pozo.

Fue grotesco.

La estructura parecía estar hecha de carne y huesos retorcidos, como si algo vivo hubiera cavado un agujero y luego hubiera muerto a su alrededor, formando esta monstruosidad. La superficie estaba cubierta de una sustancia negra y viscosa que pulsaba lentamente, emitiendo un sonido húmedo y desagradable con cada contracción. Desde el fondo, una densa y oscura niebla se elevaba en espirales, cargada con la misma energía que Vergil había estado siguiendo.

Se detuvo en el borde, mirando fijamente ese abismo impío.

La energía de la muerte emanó de allí.

Y algo, en lo más profundo, lo observaba.





El hedor pútrido y nauseabundo impregnaba el aire alrededor del grotesco pozo, haciendo la atmósfera aún más sofocante. Katharina frunció el ceño con disgusto, tapándose la nariz con fuerza mientras retrocedía instintivamente.

"Ese olor...", se quejó, con expresión claramente molesta. "Cariño, salgamos de aquí. Esto no es normal."

Pero Vergil ni siquiera pareció notar el olor nauseabundo. Tenía la mirada fija en el pozo, mientras su mente captaba algo más allá de lo que los sentidos ordinarios podían percibir.

"Vuelve, enseguida voy", dijo con voz firme e inquebrantable. "Pero primero, quiero ver qué hay al otro lado".

Al instante siguiente, una llama púrpura brilló en el fondo del pozo, danzando como un faro sombrío en la oscuridad pegajosa de aquella abominable estructura. Vergil entrecerró los ojos.



"Es un portal."

Katharina se tensó. Su instinto le decía que era una mala idea.

—¡Espera, cariño! ¡No vayas solo! —Intentó agarrarlo del brazo, pero...

Virgilio alzó la mano, y una llama negra y púrpura brotó de sus dedos, oscilando con una energía densa y fría. Era un fuego que no ardía como los fuegos comunes, sino que devoraba todo lo que tocaba, como si absorbiera la esencia misma de la realidad.





La respuesta del pozo fue inmediata. La sustancia viscosa que lo cubría se estremeció y se retrajo, como si reconociera la energía. La estructura palpitó con ansiedad, casi... euforia.

Vergil sonrió de lado. "¿Eso era lo que querías?"

La llama en su mano era más que poder. Era la marca de la muerte.

El último recuerdo de Ashborn aún vivía dentro de él, un fragmento de energía que no desapareció, incluso después de su derrota.

¡La llama del Caballero de la Muerte!

Los ojos de Katharina se abrieron de par en par, pero antes de que pudiera protestar nuevamente, Vergil la miró con expresión tranquila.

"Volveré pronto."

Sin dudarlo, se impulsó hacia arriba y se sumergió en el pozo, desapareciendo en la oscuridad púrpura.

Cuando terminó.

Por un instante, todo a su alrededor se convirtió en un vacío absoluto. No había sonido, ni luz, ni sensación de movimiento. Solo un silencio opresivo y una oscuridad tan densa que parecía absorber incluso sus pensamientos.

Entonces, de repente... cayó.







Sus pies tocaron el suelo con un golpe seco, resonando por la habitación vacía. El aire a su alrededor era frío, cargado de un olor a humedad y algo más sutil... algo antiguo.

Y entonces, como si el lugar mismo respondiera a su presencia, una antorcha en la pared se iluminó con una llama púrpura, proyectando sombras distorsionadas a su alrededor.

Poco después se encendió otro.

Y otro más.

El fuego se extendió por las paredes como una ola viviente, encendiendo antorchas una a una, revelando la grandeza del espacio. Vergil ahora podía ver dónde se encontraba: un inmenso corredor, hecho de piedra negra, cuyas superficies estaban cubiertas de inscripciones rúnicas y marcas corroídas por el tiempo. El techo era tan alto que desaparecía en la oscuridad, y el oscuro suelo de mármol reflejaba ligeramente las llamas púrpuras, creando un resplandor espectral bajo sus pies.



El corredor se extendía por decenas, quizás cientos de metros, hasta que, al final, apareció una estructura colosal.

Una puerta.

No era una puerta común, sino una monstruosidad de metal negro, decorada con tallas que parecían moverse bajo la luz de la antorcha. Criaturas sombrías talladas en su forma parecían retorcerse y luchar por escapar, como atrapadas entre las capas de material maldito. En el centro, una marca familiar brillaba tenuemente...



JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

Virgilio entrecerró los ojos.

Era el mismo símbolo que había visto en la armadura negra de Ashborn antes de matarlo.

Sin dudarlo, comenzó a caminar hacia la puerta, sus pasos resonaban como los tambores de un juicio inevitable.

Algo le esperaba al otro lado.

